



---

## **Calugas añejas (IV)**

---

**Re-cuentos POR SERGIO GUERRA**

---

### **Don Luciano Pérez II parte**

---

Pronto tuve acceso a la casa de los Pérez (y a sus frutales) por la puerta principal. Si no recuerdo qué ocurrió después que doña Albertina y doña Dina me ayudaron a descender del bamboleante cogollo de "doña Higuera", es mejor. O, como diría don Quixote, 'más vale no meneallo, Sancho'. Ellas se quedaron conversando acerca de su nueva vecindad, y de seguro que acerca de los hijos, de los cuales los Pérez tenían tres: Zoila, la menor una "guaina" macizota de catorce o quince, acaso un poco más, con la que poco contacto tuve: Sus intereses no estaban a la altura de un 'pergenio' de ocho y tengo la impresión de que pasaba mucho tiempo fuera de casa, metiéndose en problemas con la mía cuando estaba en la suya. Un comentario fuertón que hizo mi madre a doña Albertina provocó las risas más que el disgusto de nuestra amable vecina: "¡Que le ponga el freno a mi yegua, dice doña Dinita.! Pero si es justo lo que a esta niña le hace falta. Para que aprenda a no meterse en asuntos ajenos."

Y en eso quedaron. La Zoila no iba a enredar nuestras buenas relaciones; la muchacha aquella ha quedado borrada de mis reminiscencias y por más que lo intento, nada, no existe otra imagen suya en mi memoria.

Sin embargo, la hermosa hija segunda de la familia, María, está grabada con el recuerdo de su belleza morena, de cabello renegrido, facciones ovaladas, en un rostro sumamente agradable. y de una afabilidad exquisita para conmigo, que por ese entonces "no cachaba una" de las reglas de la multiplicación que estaba practicando durante mi segundo año en la Escuela 16, de Vial Recabarren, en el lado de la calle que da hacia el cerro, entre Uruguay y Valdivia. Estoy casi seguro que la avenida Vial no tenía cortes desde Ignacio Silva, desde la "Subida al Cementerio" hasta Ecuador (o "Callejón del Diablo" para mis referencias;) cuatro o cinco cuadras ininterrumpidas de casas sujetando el descenso del cerro y que ya he dicho, en cuya cima corría "el canal" que regaba las laderas de todas las casas de ese lado, en las que se habían practicado cortes al estilo de las mesetas incaicas, con lo que las aguas que yo diría "límpidas y cristalinas"



(que cristalinas eran pero nada límpidas, pues eran aguas servidas; para entonces Higiene Ambiental y sus reglas eran ficción del futuro) se deslizaban rumorosas entre los pastizales de los varios patios de esas cuatro o cinco cuadras.

Doña Berta, mi profesora de primero y segundo, lidiaba con nosotros sus alumnos, ahora después de la co-co-a (ver "Primeros recuerdos de m'illapel") con revelarnos los secretos aritméticos de multiplicar con decena. Multiplicar con unidad fue "jauja", "pan comido"; si hasta el "Frutoso" (Fructuoso Tapia que se dormía en clases y era bien porro) la había agarrado. El ejercicio era chancaca, cuando te habías aprendido "las tablas", así que maestra y estudiantes nos entusiasmos y allá vamos, a la multiplicación con decena. Si no todos, yo al menos, "la hicimos en un tarro". Es lo mismo que me pasa en los Unait Estates cuando me hablan el inglés demasiado rápido: oigo una jerigonza en zumbido, y "sueno". Con doña Berta me conseguí mis primeras descalificaciones escolares. La multiplicación con dos números me quedó grande. Fue entonces cuando nos cambiamos a la Casa de Piedra y conocimos a los Pérez y a los Polo. Para ese entonces también yo entraba a esa casa (por mucho tiempo "en construcción") de nuestros vecinos fabricantes de helados, en calidad de "bienvenido, Sergito" y de alguna manera, María, la veinteañera y bella morena, supo de mis afanes y decidió dedicar sus tardes a explicar el misterio que me consumía. Creo que ella era estudiante de los últimos años de la bien prestigiada Escuela Vocacional illapelina, con muy diversos intereses a los míos, pero que, al igual que Remigio Polo, supo y quiso ayudarme: Aprendí el secreto de "correr" un lugar para ubicar el producto de la decena y muy pronto el de la centena. Ella tuvo paciencia, generosidad y tiempo; yo fui alumno agradecido: No me he olvidado ni de ella ni de lo que me ayudara a comprender. Creo que debo reconocer que mi infancia estuvo plagada de buenos amigos mayores que yo. O acaso las gentes de los primeros cuarenta años del siglo XX practicaban la generosidad, eran solidarios y compartían sin complejos, ni traumas, ni "brechas generacionales", con los menores, como me tocó años más tarde comprobarlo, cuando vivimos en nuestra última residencia en Illapel, Carrera con Independencia, donde, esquina cruzada con la nuestra, vivía la matrona Monardes, funcionaria del Hospital San Juan de Dios, con sus dos hijos: la Nenita, esbelta joven de unos 20 años o muy poco más y que se daba tiempo todos los atardeceres, cuando ya las sombras del crepúsculo se rendían al avance de la noche, para salir a jugar a la calle con toda la pandilla de minilolos del barrio, unos veinte, me parece. Del hijo, un poco mayor no diré mucho, si no que era "la oveja negra" de la familia, que vivía en una rancho acondicionada al final del patio de esa casa y que, a pesar de



ser alcohólico, nos daba charlas amenas a los curiosos que nos acercábamos a visitarlo. y que a veces en un afán de lucimiento, hacía gala de sus conocimientos y cultura, que a los de nuestra edad, ocho a once años, nos quedaba un poco "holgada." En resumen, los adultos de mi pueblo, como los que he mencionado y otros de los que me iré acordando, sirven de testimonio de lo que vengo explicando: Se daban tiempo para compartir con nosotros los niños; nos consideraban personas; nos enseñaban cosas; nos dedicaban parte de su tiempo. En suma, nos veían y hasta jugaban con nosotros. ¿Falta de radio, televisión, computador? ¿Es que habremos cambiado las fabulosas herramientas del progreso actual para aislarnos un poco, para separarnos del resto cercano de nuestro mundo, pretendiendo acercarnos a ese otro mundo globalizado de la actualidad? No lo sé.

La familia Pérez se completaba con Vicente, el hijo mayor que algunas veces ayudaba a don Luciano en la preparación, fabricación y otras hasta en la venta de los helados. Como a Zoila, en mi recuerdo lo siento lejano, pues parece ser que sus intereses eran muy otros y que intentaba independizarse de su familia. Mi memoria no guarda mucha mayor información suya, pero no hace falta, pues no agrega nada especial a mi "re-cuento". Iba y venía, como yo, que siempre intruso me hice parte de ese grupo, cuando me apropié del último personaje de la familia, la abuela y, por las tardes me iba a su cabaña, independiente del resto de la casa, a escuchar los primeros cuentos con que "me robaron el tiempo para convertirlo en esa región de la fantasía" con que los antiguos cuentos de los hermanos Grimm y los de Andersen poblaron el mundo del cuento tradicional, hoy vilipendiado y desprestigiado, pero que en su época nos maravilló y embelesó.

Mi madre debe habernos contado cuentos, de seguro, pero ya estábamos siendo muchos en casa (cinco niños incluida la hermana adoptiva nacida de amores "extraoficiales" del jefe de Tenencia de Los Vilos), así que me parece no quedaba tiempo para "andar cuenteando" a nadie. Ahí es donde hace su entrada triunfal ésa mi primera abuela. Vivía semi-recluida en su casita del patio trasero de sus hijos. Un lugar umbroso todo el tiempo a causa de los muchos frutales de que estaba poblada y, por lo mismo, guardando una humedad olorosa permanentemente. Tenía lo indispensable para vivir allí, sin grandes comodidades, pero sin carencias. Creo que a ella le gustaba estar separada del resto de la familia, con su anciana cabecita blanca repleta de mil historias que no tenía con quien compartir. Tal vez entre ella y yo se produjo lo que Alberto Cortez dice en su canción sobre el perro callejero con el que en este caso no me molesta compararme: "era nuestro amigo y del viejo Pablo, al



que rescataba de su soledad". Mi presencia cotidiana en esa casa, después de mi voluntaria "ayudantía" de hacer girar la centrífuga que convertía el cocimiento de leche, huevos y especias en el "rico bocado" helado, debe haber sido esperada por la abuela.

Pero es más que seguro que mi voluntariedad era interesada, pues el ayudar a meter hielo picado alrededor del bote giratorio, apretarlo hasta casi no dejar resquicios entre éste y el recipiente exterior de la máquina, y luego espolvorearlo generosamente con sal "de cocina" para evitar un prematuro deshielo, para finalmente cubrir el espacio entre recipiente exterior y bote giratorio con "gangocho" mojado, eran tarea obligada y repetida varias veces durante la fabricación casera del helado (que para mí traía consigo un premio ansiosamente esperado), luego de darle vueltas a la manivela que, por razón de física aplicada, convertía un movimiento circular vertical (el de la manivela) en otro circular horizontal 'escapando del centro', gracias al engranaje de dientes unidos en ángulo de 90°, que tengo entendido es, muy simplificada y explicado, el principio de la fuerza centrífuga. De lo descrito debo aclarar que mi "ayuda" era más bien intrusear y meter mano cuando se podía, cuando Vicente o don Luciano me dejaban. Darle vueltas a la manivela, con una sencilla máquina casera como aquélla, era tarea pesada, pesadísima después de cuatro o cinco vueltas. Y la centrífuga debía estar moviéndose continua y permanentemente, pues de otro modo el batido de leche o canela no lograba el enfriamiento deseado para ser convertido en esa crema helada en que consiste el helado (ahora comprendo por qué los English speaker le dicen "ice cream"). Como digo, Vicente o su padre me dejaban "ayudarles" en cualquiera de las etapas de "producción", de la que por supuesto mi preferida era la manivela, a pesar de que se llevaba todas mis fuerzas entre partida y vuelta inicial: El cubo o bote del batido estaba muy apretado por el hielo picado a su alrededor; moverlo era pesado como he explicado, así que el hacerlo se convertía mucho en "cargar una vaca en brazos". Yo me rendía pronto y sin que nadie me forzara a ello. A fin de cuentas, era más fácil martillar el hielo dentro de un saco para desmenuzar la barra , pero no tanto:

¡El mazo era un poco menos voluminoso que yo! Mejor era ir echando el hielo picado alrededor del bote de enfriar, pero teniendo cuidado de no echar trozos dentro del cubo, y la palita con que se vaciaba el hielo no sabía nada de esas reglas y tenía que ser manejada por el Vicente para evitar mis fracasados intentos. Echar la sal gruesa a puñados (¿cuáles, los míos?) era la más sencilla después de todo, antes de aplicar el "forrado" con gangocho mojado, que por lo mismo pesaba como otra vaca en brazos, o una de esas "mantas de Castilla" negras, pesadas y gruesas que formaban parte del



equipo de carabineros en ronda rural a caballo.

En resumen, la "ayuda" de la que he estado enorgulleciéndome se reducía a. comerme sabiamente con calma y goce el helado con que se premiaban mis interesados esfuerzos, sin que las sonrisas del Vicente, don Luciano y doña Albertina, y a veces Zoila y María, me afectaran demasiado, pues ellos se apuraban a destacar "lo importante" que era para ellos mi aporte, que, según se ve, se reducía después de todo a ser el "catador" oficial de un producto que todos ellos sabían era bueno, pero que parece gustosamente cambiaban por mi presencia infantil, que seguramente amenizaba y compensaba la ausencia de la que ellos padecían, al constituir una familia adulta sin niños. Acaso ese también fue el motivo de mi estrecha relación con la abuela. Ella, de seguro, extrañaba el contacto con gente menuda, estaba aislada, acaso voluntariamente, en su penumbrosa cabaña, motivo por el cual tenía la poco grata fama de ser considerada "la bruja" del barrio. Y como al parecer ningún niño se había entrado a robar la higuera, ninguno se había metido "como Pedro por su casa" en la casa de los Pérez a ayudar en la fabricación de los helados, y ninguno nunca se acercó a comer de las frutas de ese patio, frutas de las que la abuela era tanto propietaria como cuidadora y generosa proveedora, ese tesoro de generosidad no había llegado a ser descubierto. Y como la gente, cuando desconoce orígenes y no analiza cualidades, aplica los descalificativos que su ignorancia les aconseja, "bruja", "loco", "raro", las cosas se van por un cauce al que nadie pone atajo.

En cuanto a mi abuela illapelina, los comentarios malintencionados que la conceptuaban de hechicera no lograron hacérmelo creer: Ella fue, es cierto, una maga, que me llenó horas de infancia con cuentos relatados a la luz de un chonchón de aceite, o de una vela con chorreaduras dentro de una vieja palmatoria, y pasmó mi imaginación con hadas, príncipes y princesas hermosas, madrastras malvadas y la sempiterna lucha entre el bien y el mal de los cuentos tradicionales, que nunca supe de dónde ella los sacó, si yo me los leí años más tarde en "El Tesoro de la Juventud", esa enorme enciclopedia que en mi caso formaba parte de una escuálida biblioteca de la Cuarta Comisaría de Carabineros de Illapel, parte del "almacén" del cual el alférez Luis "Pelado" Guerra estuvo a cargo.

Esa familia del heladero de mi pueblo siguió recibéndome con el mismo afecto que a mis ocho años cuando yo, de vacaciones de mi Escuela Normal de Copiapó, pasaba por su casa, aún en "etapa de construcción", a recordar una vieja amistad, un recuerdo cariñoso de ésa mi abuela ya fallecida y una saboreada nostalgia de helados que tampoco ya



existían, porque "la Chupetera" los había hecho irse al olvido, con su centrífuga eléctrica, su bote de cincuenta litros de aluminio reluciente, capaz de producir en media hora lo que a don Luciano y a Vicente les tomaba (sin contar con mi ayuda, de todos modos) dos y hasta tres jornadas. Pero La Chupetera de calle Constitución esquina de ¿Esmeralda? nunca pudo quitarnos lo más valioso, y que ninguna máquina moderna podrá quitarle a ningún humano nunca: Los recuerdos y el cariño con que damos sabor y llenamos esos recuerdos.